

XXIII

Ofelia.

Cuando acabó el conde su entusiasta y regeneradora oración se halló más tranquilo; no obstante, pronto volvió su pensamiento á la condesa, y más pronto aún por la razón de haberse ablandado su endurecido corazón con las caricias de sus hijos.

—¡Quizá sea inocente! —pensó;—todo al menos me lo hace creer así... ¿no sería yo más generoso y justo observándola, y si no es culpable, librándola por mí mismo de esa pasión que combate? Mas ¿de qué modo podría yo hacerlo? ¡No, no! ¡Que luche y venza por sí sola! La virtud sin combates es de tan poco valor que yo no la estimo; mucho más feliz es la que nace con una alma fría que la que ha sido dotada por el cielo de pasiones; pero ya que las tiene es preciso que triunfe de ellas.

El conde, apenas dijo estas palabras, midió su cuarto á grandes pasos y pareció sumergirse de nuevo en sus acerbadas reflexiones.

Aquellos dos meses de aislamiento y de viudez que se había impuesto empezaban á fatigarle; en vano había buscado en los placeres ruidosos y en la disipación los medios de olvidar

á Clotilde. Dios, por su misericordia infinita, no quería arrebatárle con las últimas flores de aquel amor todas las ilusiones de su vida.

Las mujeres viciosas y disipadas que, durante aquellos largos dos meses, había tratado, le hastiaban y le eran repugnantes, porque pensaba en Clotilde, tan hermosa, tan joven, tan pudorosa y delicada; las que eran suaves y graciosas le recordaban también á su mujer, y á todas las hacía el prestigio de su amor inferiores á ella.

Es que Dios ha dado á la mujer buena un eterno encanto que rodea como una perfumada nube á los que la ven y la tratan, que salva las distancias y penetra en el alma para acariciarla como el céfiro á las flores.

¿Qué podría si no oponer la mujer buena, cuando no ha sido favorecida por la naturaleza, á los artificios de tantas hermosas actrices del vicio, á no ser ese aroma de virtud y santidad que emana de ellas, ese ambiente que las circunda y que hace que no se olviden jamás?

.....
 El coche de Clotilde la había conducido hasta la calle de San Bernardino; apeóse á la entrada y se adelantó con ligero paso hasta la casa de las huérfanas.

Eran las tres de la tarde; el sol de aquel hermoso día de Marzo bañaba el reducido portal de

la casita y el humilde taller del señor Martín, que trabajaba calentándose á sus rayos, en tanto que su digna esposa la señora Antonia ponía mangas á una camisa de su consorte.

—Dios guarde á ustedes, buenas gentes—dijo la condesa con dulce voz y acercándose á ellos.

—Y á usted también—contestó la señora Antonia, levantándose y haciendo cortesías en tanto que su esposo, por ese privilegio de los zapateros, que parecen las gentes menos dispuestas á hacer uso de sus pies, permanecía sentado y continuaba su labor.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó la anciana.

—Quisiera que tuviera usted la bondad de decirme—repuso la condesa—si habitan aquí tres jóvenes.

La señora Antonia miró con atención á la condesa; pero su rico aunque sencillo traje, su aire distinguido, ese perfume suave y penetrante á un tiempo que emana de toda mujer de buen tono, y sobre todo su dulce y graciosa fisonomía, la tranquilizaron. Mas su gruesa y bonachona cara se entristeció de repente y respondió dando un suspiro:

—¡Ay, sí, señora! Aquí viven tres infelices criaturas que están pasando por pruebas muy crueles.

—Serán las que yo busco. ¿Son hermanas?

—Sí, señora, son hermanas, y desde ayer viene á buscarlas tanta gente, que esto parece un verdadero jubileo. ¡Jesús! ¡Qué tratarnos! Anoche sobre todo y al tiempo que una de las pobres señoritas se puso mala, vinieron tres personas preguntando por ellas; esta mañana á las once vino una vieja de muy mala traza en busca de la más joven; esta vieja había ya estado anoche, y la pobre señorita, que salió con ella fresca como una rosa, ha vuelto á más de la una en un coche desmayada y acompañada de un caballero; entre él y mi Martín la han subido á su cuarto; pero yo he estado media hora hace á preguntar, y Malvina, que es una criadita jorobada que tienen, me ha dicho que no cesan de darle convulsiones y que apenas vuelve en sí.

—¿No podría yo verlas?—preguntó Clotilde, á quien incomodaba ya el charlatanismo de la señora Antonia, que, habladora como todas las personas de su edad y de su clase y deseosa además de darse importancia, quería contar cuanto sabía.

—Lo dificulto—respondió á la interpelación de la condesa;—¡la señorita Blanca está tan mala!...

—¿No ha dicho usted que la que vino enferma es la más joven?—preguntó Clotilde, quien de todo cuanto había hablado la anciana sólo algunas palabras había conservado clavadas en su memoria como un dardo de fuego.

—Sí, señora; la más joven, casi una niña.

—¿Y que le acompañaba un caballero?

—En efecto, un caballero muy gallardo.

—¿Puede usted darme sus señas?—tornó á preguntar Clotilde, temblando de hallar en las explicaciones de la anciana la certeza de que aquel hombre fuese su marido.

—¡Sí, señora! —se apresuró á responder la señora Antonia—afortunadamente le reparé muy bien: era alto.

—¿Moreno?

—Justo, con cabello oscuro y rizado; tenía los ojos pardos ó negres, que eso no lo recuerdo bien, y vestía con mucha elegancia y lujo.

—Está bien—interrumpió Clotilde, segura de que la esposa del zapatero no podía sacarla de sus dudas;—tome usted, buena mujer, por su complacencia en responderme, y quede usted con Dios.

—Señora, señora, guarde usted su dineró—dijo la honrada anciana rechazando con disgusto las monedas de plata que le ofrecía Clotilde.

—Si no fueras habladora nadie se metería á querer pagar lo largo de tu lengua—dijo el señor Martín incomodado.

—Perdonén ustedes—dijo la condesa—no ha sido mi ánimo ofenderles, y únicamente quise recompensarles el servicio que me han hecho diciéndome cosas que necesitaba saber.

Luego se quitó el guante, y sacando de uno de sus dedos una sortija de oro con un diamante, se volvió hacia la anciana, y le dijo con suma gracia:

—Ya que no quiere usted dinero, acepte al menos esta bagatela para que la use en memoria mía.

—Estó sí que lo agradezco—dijo la señora Antonia con visible alegría.—¡Mil gracias, señor! Toda mi vida la llevaré, pensando en usted.

—Acompaña arriba á la señora—dijo el señor Martín.

—No, no se incomode usted; subiré sola.

—Como usted guste—dijo la señora Antonia;—yo seguramente no me incomodaré; pero pudiera incomodar á usted, y...

Clotilde hizo una última señal de despedida y subió la escalera, llamó á la puerta y Malvina abrió, introduciéndola donde estaban las tres hermanas.

El noble corazón de la condesa se conmovió dolorosamente ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Tendida en el sofá, con la cabeza reclinada sobre almohadas y temblando á impulsos de una fuerte convulsión nerviosa, estaba Blanca; los suaves y graciosos contornos de su cara parecían haberse prolongado; estaba pálida como las almohadas, y alrededor de sus grandes ojos

cerrados se destacaba una sombra lívida y acardenalada.

Al ver entrar á su hermana privada de sentido había saltado Ofelia de su lecho, y echándose un peinador había corrido á su socorro; allí estaba sentada en uno de aquellos sillones oscuros que ya conocemos, junto al sofá, teniendo entre las suyas los manos de Blanca y olvidada de su propio estado; ondeaban sobre su espalda las largas trenzas de sus cabellos negros y parecían extinguidos todos sus padecimientos ante los de aquella niña tan querida.

Arrodillada María junto al sofá, aplicaba á la delicada nariz de Blanca un frasquillo de éter, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, blancas como el alabastro; los hermosos cabellos de María, peinados en *bandós*, y sus ojos azules, llenos de abatimiento, le daban un aire tan triste y desolador, que era quizá la figura más expresiva de aquel cuadro, digno del aristocrático pincel de Lawrence.

Tan abatidas estaban las jóvenes que no se apercibieron de la entrada de la condesa, acompañada de Malvina; ésta iba á llamarles la atención hacia su visita; pero Clotilde se lo impidió, permaneciendo en pie y silenciosa á alguna distancia.

Calmáronse, por fin, las convulsiones de Blanca, y Ofelia soltó sus manos y acomodó mejor

su cabeza en las almohadas, haciendo un movimiento que le hizo descubrir á Clotilde.

—Perdone usted, señora—dijo levantándose y apoyándose, para no caer, en el brazo de su sillón;—ocupada en el cuidado de mi hermana no había visto á usted.

—Yo soy quien debe demandar á usted perdón, señorita—repuso la condesa;—á haber sabido la triste situación doméstica en que se encontraba no hubiera yo venido á incomodar á usted.

—¡Oh! ¡Triste, sí, muy triste!—exclamó la pobre Ofelia llorando y cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mas rehaciéndose de aquella flaqueza, que ella juzgaba vergonzosa delante de una desconocida, enjugó sus lágrimas, miró á la condesa y le preguntó con dulzura:

—¿Puedo ser á usted útil en algo, señora? ¿Podremos María ó yo prestarle algún servicio? No hablo de nuestra pobre Blanca ¡ay! porque ya ve usted cómo está!

Clotilde no contestó en seguida; al mirar maquinalmente en derredor del cuarto había visto sobre una cómoda un bolsillo de seda, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro, y aquel descubrimiento la hizo estremecer.

¿Provendría aquel dinero de su esposo?

¿Sería el precio de su desdicha?

—Quería... quería...—dijo vacilando y sin separar los ojos de aquel bolsillo fatal—quería encargar á ustedes unos bordados, cuyo valor desearía que aceptaseis de antemano, pero...

La voz espiró en sus labios; en aquel momento abrióse la puerta y se presentó el príncipe de Cellemare.

—Este es el caballero que estuvo anoche—dijo María señalándosele á su hermana.

El príncipe saludó profundamente, y Ofelia, para no darle tiempo á que se sentara, se puso en pie, descubriendo toda la gallardía y gentileza de su figura.

—Caballero—dijo señalando el bolsillo que se veía sobre la cómoda y que aun contemplaba con amargura la condesa;—caballero, anoche dió usted dinero á mi hermana; pero ni ella ni yo le hemos tocado; allí está, recójale usted y márchese para no volver jamás á una casa donde ningún derecho le asiste para entrar.

Ofelia pronunció estas palabras con el semblante enrojecido de vergüenza y de ira; brillaban sus ojos, y al señalar al príncipe la puerta de su habitación parecía la estatua de una reina que se había levantado de su sepulcro para despedir á los profanos que hubieran murmurado de sus cenizas.

El príncipe nada contestó á sus severas frases; el eco de su voz, dulce y vibrante, le ha-

bía llevado al mundo de los muertos; Ofelia, en aquella actitud, era la imagen fiel de la princesa Honoria, como él la había visto muchas veces al contener los desmanes de sus deudos y criados.

Contemplábala el príncipe extasiado; era el tipo de la virtud severa y apacible á la vez, el emblema de la gracia melancólica y casta.

—Espero, caballero, que no me hará usted repetir de nuevo lo que ya he tenido el disgusto de decirle—continuó Ofelia al ver al príncipe inmóvil y como embebecido.

Tampoco contestó éste ni dió un paso para retirarse.

—Salga usted—dijo imperiosamente la joven.

Clotilde había contemplado en silencio la escena hasta aquel instante: su corazón se había descargado de un enorme peso al saber la procedencia de aquel dinero; pero al ver la exasperación de Ofelia y el asombro del príncipe, se acercó á ella y le dijo afectuosamente:

—Vea usted, señorita, que quizá habla bajo la impresión de un error: yo sé bien que el príncipe de Cellemare no es capaz de ninguna acción indigna.

—¡El príncipe!—gritó Ofelia.

Esta exclamación volvió á Honorio á todas las miserias de la vida real.

—Pues entonces, señora—añadió Ofelia—us-

ted, que tanto le conoce, ¿podrá decirme por qué se ha fingido pintor al presentar anoche á mi hermana esta infame dádiva?

Enmudeció Clotilde, y hubiera durado por largo tiempo un silencio muy embarazoso á no haber tomado el príncipe la palabra:

—Señorita—dijo con nobleza;—sea yo artista ó príncipe, debía ese dinero á su padre; le busqué y supe que había muerto, dejando tres hijas; dichoso en mis investigaciones, conseguí encontrar á ustedes y les devolví esa suma.

—Diga usted más bien, caballero, que sabiendo que estábamos solas y desamparadas, ha creído usted poder allanar nuestra casa sin dificultad—repuso Ofelia con amargura;—pero si cuando le creí pintor y deudor de mi padre rehusé ese dinero por una simple sospecha, juzgue usted si pensaré en admitirle ahora que sé que es usted príncipe y que tengo la certeza de que jamás mi padre ha podido dar á usted dinero; salga usted, pues, de esta casa, monseñor—continuó Ofelia, señalándole la puerta con más arrogancia que antes:—¡á mis ojos, un pintor que paga una deuda vale más que un príncipe que las finge para pagarlas!

—Pero, desgraciada niña—dijo Clotilde en voz baja—piense usted en su pobreza, en su enfermedad y la de su pobre hermana. El príncipe es el bienhechor de todos los que sufren y habrá

inventado ese noble pretexto para socorrer á ustedes.

—¿Y con qué derecho, señora, viene á investigar nuestra pobreza ó nuestro bienestar? Hay dádivas que son un insulto, y yo sé que no podemos llevar á nuestra boca otro pan que el ganado con nuestro trabajo.

En tanto que la condesa y la orgullosa joven trocaban estas palabras, el príncipe había recogido el bolsillo; sin acercarse más á la joven, dió la mano á la condesa, estrechándose en silencio, y después de saludar con respeto á Ofelia, salió de la habitación.

—¡Sí!—murmuró mientras bajaba la escalera.—¡Esa, esa es la mujer que he buscado tanto tiempo! ¡Por fin la encontré!... ¡Gracias, madre mía!...

XXIV

Una amiga.

Luego que el príncipe hubo desaparecido, Ofelia, cuyas fuerzas se habían agotado por aquel esfuerzo, cayó desfallecida en un sillón.

Blanca permanecía tranquila; no obstante, sus mejillas, coloreadas de un carmesí oscuro, anunciaban que la fiebre se encendía en sus venas é

iba invadiendo su cerebro, combatido durante dos horas por una violenta lucha.

Estremeciase de vez en cuando, agitaba las manos y caía de nuevo en su inacción.

Sentada junto al sofá y con la cabeza entre las manos estaba María, la cual parecía extraña á cuanto pasaba en torno suyo.

Su naturaleza, más templada, y su carácter, modelo de suavidad y de angelical dulzura, no la exponía á las violentas y despedazadoras luchas á que su azarosa posición sujetaba á sus hermanas; pero un profundo abatimiento tenía como embotadas todas las facultades de su alma, sin dejarla pensamiento más que para meditar en la suerte que las esperaba.

¿Qué iba á ser de ellas? Carecían absolutamente de recursos, pues todas sus esperanzas estaban cifradas en la suma que debían cobrar aquel día por las labores que estaban casi al terminar; pero los dolorosos acontecimientos que con tanta rapidez se habían sucedido y la enfermedad de sus dos hermanas las habían privado de este único recurso.

¿Qué harían? Este pensamiento traspasaba y hacía desfallecer el corazón de la pobre María; ¡aun si Dios le concediera fuerzas bastantes para trabajar por las tres!... Mas esta idea desapareció bien pronto ante la imposibilidad de realizarse.

No les quedaba, pues, más remedio que refugiarse en los brazos de la muerte.

De súbito un rayo de luz surgió en la mente de María; alzó sus ojos hacia un reloj colocado en la pared, y vió que solo faltaban algunos minutos para las cuatro.

Se acordó de la lección de música que tenía que dar á la hija de la duquesa de Rioclaro y se levantó.

—Ya es hora de que vaya á casa de la señora duquesa, hermana—dijo mirando á Ofelia;—son las cuatro.

—¡Tú!—gritó la joven levantándose y extendiendo los brazos hacia su hermana como si quisiera protegerla;—¡tú separarte de mi lado, María! ¿Para qué? ¿Para que te me devuelvan, como á Blanca, yerta y privada de sentido? ¡No, no saldrás! ¡Encerrémonos aquí, en nuestra casa... y muramos!

—Pero, Ofelia—repuso María con dulzura—aquí no puede haber engaño... Esta carta es de una señora... de una señora de alto rango...

—Yo soy la condesa D...—dijo Clotilde con nobleza—y si esa dama pertenece realmente á la alta sociedad debo conocerla... Tengan ustedes confianza en mí, pobres niñas: vamos á ver, ¿qué exigen de ustedes en esa carta?

—Explíquenos usted antes, señora, qué fin la conducía á nuestra casa—repuso la orgullosa

Ofelia—y perdone usted que la interrogue de este modo: no tengo más que diez y ocho años y debo cuidar de mis hermanas; somos huérfanas y estamos desamparadas; nada conozco del mundo, señora... nada más que el infame lazo que han tendido á esta infeliz niña, mi hermana más joven, y tiemblo por ellas y por mí... sospecho que esa carta sea una nueva red para María; tiemblo de que usted, señora, que parece tan buena, esté de acuerdo con alguno para perdernos... Por amor de Dios, dígame, dígame usted pronto... ¿qué quiere?, ¿á qué ha venido usted á esta casa?

—A ella me ha traído únicamente el deseo de encargar á ustedes algunos trabajos de bordado, señorita.

—¿Quién ha hablado á usted de nosotras?

—Una joven ramilletera llamada Rosa.

—¡Ah! ¡La creo á usted, la creo! ¡Conocemos á Rosa! Pero, señora, se ha de pasar mucho tiempo antes de que los bordados de usted estén concluidos... yo estoy enferma, ya lo ve usted, y mi hermana también lo está; sólo queda en pie mi pobre María; pero temo mucho por su salud, porque es muy delicada.

La condesa miró con profunda compasión á Gloria, que al ver la lastimera oposición de su hermana á que saliese había vuelto á su doliente postura junto al sofá en que yacía Blanca.

Ésta se agitaba cada vez más; había crecido el encarnado de sus mejillas y su pecho se levantaba á impulsos de una respiración oprimida.

—Mis bordados no corren prisa—repuso la condesa, ni la lentitud con que los hagan ustedes puede impedir que cobren su importe, mis queridas niñas; la obra que enviaré á ustedes con Rosa antes de que se acabe el día de hoy es pesada hasta lo sumo; trátase de un peinador de levantarse que quiero regalar á mi amiga la duquesa de Ríoclaro y cuyo bordado ha de ser lo más exquisito y complicado que sea posible.

—¡La duquesa de Ríoclaro!—exclamó María levantando su rubia cabeza.—Esa es la señora que me ha escrito ayer pidiéndome que fuera á dar lección á su hija.

—Tiene una hija, en efecto—repuso Clotilde;—y en cuanto á la carta yo me informaré de si realmente la ha escrito; pero volvamos á lo que me interesa: yo ruego á ustedes que á cuenta de su trabajo admitan una corta suma.

—¡Ah, señora, cuán buena es usted!—exclamó Ofelia enternecida y viendo en aquella generosa oferta un rayo de luz.—Considere usted, sin embargo—añadió luego con naturalidad—que quizás moriremos sin que podamos resarcir á usted de sus adelantos.

—¡Morir!—repuso Clotilde— no tengan uste-

des, por Dios, tan tristes pensamientos... piensen ustedes en días mejores.

Movió Ofelia tristemente la cabeza y volvió sus abatidos ojos hacia el sofá en que Blanca descansaba; mas como si aquella mirada hubiera penetrado en el ardoroso cerebro de la joven, lanzó un penetrante grito y se incorporó desatinada.

—¡El conde D...! ¡El conde!...—exclamó con voz aguda.—¡Han dicho que es un conde!... Un conde!... ¡Ah!... ¡Ah!... Pero la ventana me librará de él.

Echóse, al decir esto, fuera del sofá con tan terrible impetu, que hubiera caído al suelo á no recibirla la condesa en sus brazos.

—¿No ha dicho usted, señora, que era la condesa D...?—preguntó Ofelia clavando en Clotilde sus grandes ojos.

—¡Si—contestó ésta que aun sostenía á Blanca:—sí... soy la condesa D..... pero nada me preguntan ustedes... y crean que soy mucho más desgraciada que ustedes!

Cubrióse al pronunciar estas palabras el rostro con las manos y lloró silenciosamente durante largo rato.

Las dos jóvenes comprendieron y respetaron aquel profundo dolor; calmóse Blanca de nuevo y la condesa enjugó sus lágrimas y tomó entre las suyas las manos de Ofelia y de María.

—Déjenme ustedes—dijo—déjenme olvidar mis propios infortunios aliviando los suyos; déjenme que me ocupe de su suerte: ¿quieren ustedes que sea su hermana, su amiga?

—¡Ah, señora, es usted un ángel!—exclamaron á la vez las infelices niñas.

—¿Cómo no hemos de aceptar con gratitud sus generosas ofertas—continuó Ofelia—cuando nadie se interesa por nosotras?

—Aconséjenos usted, sí,—añadió María;—en todo la obedeceremos, aunque al parecer tiene usted casi nuestra misma edad.

—Conozco, sin embargo, mejor el mundo, mis queridas niñas—repuso la condesa con tristísima sonrisa.—¡Pobres palomas!—prosiguió mirándolas con ternura.—Ustedes, que apenas han dejado su pacífico nido, ¿qué pueden saber de las tormentas de la vida?

Calló Clotilde abismada en sus amargos pensamientos y luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, preguntó:

—¿Quién ha traído á ustedes esa carta de la duquesa de Ríoclaro?

—El marqués de la Oliva—contestó María.

La condesa se estremeció.

—¿Cómo saben ustedes que se llama así?—torció á preguntar Clotilde.

—Porque él se lo dijo á Rosa y ésta nos lo enseñó un día que pasaba por aquí.

—No vaya usted, pues, á casa de la duquesa María; yo la excusaré á usted con ella; no vuelva usted á ver á ese hombre, ni le oiga bajo ningún pretexto; ahora haré á ustedes todavía dos ó tres preguntas más: ¿quién ha traído á Blanca en este estado?

—Un caballero que la depositó en ese sofá y en seguida se retiró, diciendo:

—He tenido la dicha de salvar á esta joven de un riesgo mortal; si alguna vez necesitan ustedes amparo, piensen, señoritas, en el coronel Eduardo Vélez, que vive donde indican estas señas.

La condesa tomó la tarjeta que María le presentaba y la leyó.

—Conozco al coronel y le creo incapaz de mentir—dijo.—la hermana de ustedes no ha padecido más que un gran susto: ahora bien ¿qué vecinos hay en esta casa?

—Además de nosotras, el zapatero del portal, que vive más arriba con su mujer.

—¡Dios mío, qué desgracia! Es preciso que abandonen ustedes esta habitación al instante: ¿quieren ustedes venir á mi casa?

—Señora, no podemos dejar la nuestra—dijo Ofelia con triste dignidad;—mejor aceptaremos en ella los beneficios que usted quiera dispensarnos.

—Comprendo á usted, noble joven—repuso la

condesa estrechando su mano;—tiene usted razón: ustedes no pueden vivir de limosna y quizá están aquí más seguras que en el asilo que les ofrezco; mas ya que no hay más vecinos que esos honrados viejos, quiero verlos.

Levantóse María, desapareció y volvió á poco seguida de la pobre jorobada.

—Ve, Malvina—dijo Ofelia con dulzura—y di al señor Martín que nos haga la merced de subir.

La condesa parecía meditar profundamente y sólo la entrada del anciano la distrajo de sus reflexiones.

—Señor Martín—dijo—estas niñas necesitan mudar de habitación durante algún tiempo; ¿podría usted cambiársela por la suya?

—Pero, señora, ¿ha visto usted mi habitación?—preguntó el buen hombre estupefacto.

—No la he visto; sin embargo, sea como sea es buena.

—En ese caso puede usted disponer de ella—repuso el zapatero.

—¿Dirá lo mismo la esposa de usted?

—Lo mismo: ella da por hecho cuanto hago yo.

—Dele usted, pues, la noticia, porque estas jóvenes deben acostarse allí en seguida.

—Yo les subiré las camas y bajaré la nuestra aquí.

El buen hombre puso al instante manos á la obra y la condesa, llevándose á Ofelia á un lado, le dijo dándole un bolsillo:

—Aquí hay dos mil reales en oro; guárdelos usted, mi querida niña, pues es la mitad del precio que destino á la obra del peinador de que he hablado á usted; de cuenta de usted corre el que los dibujos sean lo mejor posible. Venga usted acá, María, y oiga un consejo: esta noche enviaré á usted á mi médico; instálense ustedes en la buhardilla del zapatero, y no abran ustedes más que á él y á su mujer y al doctor; Ofelia, acuéstese usted y que se acueste Blanca también; Rosa vendrá á cuidar á ustedes, porque esa pobre niña no basta; adiós, amigas mías, hasta mañana muy temprano.

La condesa abrazó á las jóvenes y salió, dejándolas entregadas á las dulzuras de la esperanza; al pasar por el patio dió cuenta á la señora Antonia del arreglo efectuado entre su esposo y las huérfanas, y la bondadosa anciana se mostró muy satisfecha de poderlas ser útil en algo.

Clotilde subió á su coche, y no bien llegó á su casa hizo llamar á Rosa, quien, como todas las noches, gritaba á la puerta del teatro más concurrido:

—¡Ramitos de camelias! ¡Ya tengo yo en la mano la risa del buen tiempo! ¡Violetas, qué bonitas!

XXV

Orgullo que mata.

Fernando de Silva, agobiado con la desgracia que acababa de experimentar, permanecía en su casa abatido por una profunda tristeza.

Amaba á su perdida esposa, no con ese cariño tranquilo é inalterable, propiedad benéfica de las naturalezas apacibles; únicamente le había profesado siempre una fría consideración llena de hastío, que su insaciable naturaleza concedía á todo aquello que se le prodigaba mucho; cuanto era nuevo le hechizaba; cuanto le era conocido le fatigaba y le sumergía en un fastidio profundo y doloroso.

No obstante, y á pesar de lo gastado de su naturaleza y de sus sensaciones, conservaba en el alma, bastante sana aún, sus creencias religiosas; era honrado y pundonoroso, pudiendo decirse que todas sus faltas provenían del exceso de fuerza de su imaginación y de una facultad de sentir tan inmensa que le empujaba con frecuencia á los abismos que abren las pasiones.

Tal vez Fernando no había encontrado aún al sér que debía comprenderle y hacer dichosa su vida por medio de esos lazos del alma tan difíciles de formarse como imposibles de romperse;

su esposa Isabel, buena, atenta y afectuosa, quizás en demasía, jamás había logrado inspirarle otra cosa que estimación sincera hacia su virtud y una afición tranquila y agradecida.

Mas ¡ay! ¿qué era esto para hacer feliz á un sér nacido para las grandes pasiones? Fernando, á su lado, se fatigaba de inacción y de falta de sentimiento, del mismo modo que el pobre pájaro, encerrado en una jaula de oro, que muere, aunque se la rodeen de flores, si le falta el ambiente y la luz.

Una hija vino á hacer más feliz la vida de Fernando; su corazón, dormido en el fondo de su pecho, animóse al oír el vagido de aquella criatura; mas pronto se acostumbró también á la dulzura monótona y siempre igual de esta nueva afección, y sin dejar de quererla volvió á suspirar por la vida del corazón, que se dormía de nuevo.

Clotilde era la única mujer á quien Fernando había amado, si no con la intensidad de las pasiones exclusivas, al menos con todo el fuego y todas las ilusiones de un primer amor; en el alma de muchos hombres entra al menos por tanto el amor como el amor propio, y la hermosa, noble y opulenta Clotilde de Guzmán podía envanecer con su cariño al hombre más exigente.

No obstante, el orgullo era la pasión domi-

nante en el alma de Fernando por lo mismo que tenía conocimiento de lo que valía; y ya se ha visto, por la cándida y veraz relación que hizo Clotilde á su esposo al principio de esta historia, cómo tuvo valor para abandonarla y para casarse con otra.

Mas bien pronto cedió su resentimiento al verse unido para siempre á una mujer, que era muy inferior á la hija del duque de B... Es verdad que la pobre Isabel creía á su esposo de una naturaleza y de un mérito superiores á los demás hombres; rodeábale constantemente de la más tierna solicitud, y siempre estaba pendiente de sus ojos; si hablaba le oía con religiosa atención, dando continuamente apasionadas señales de su admiración; pero tales muestras de cariño no podían halagar ni el amor ni el orgullo de Fernando, y sólo le inspiraban lástima.

No quería exponerse á ver de nuevo á Clotilde, cuyo casamiento había sabido con profundo dolor; así, pues, permaneció dos años encerrado en la ciudad donde había nacido, entregándose con afán al estudio y deseoso de olvidar la idea fija de su alma.

Su vida era sedentaria y arreglada; trabajaba en su facultad con asiduidad y brillantez; y por lo que tocaba á su esposa é hija, el esposo y el padre más ejemplar no hubiera podido menos de admirarse de su comportamiento.

Mas todas aquellas apariencias de tranquilidad no eran otra cosa que un deseo de matar su corazón, demasiado fogoso, y las aspiraciones que le ahogaban.

Un negocio imprevisto le obligó de repente á ir á Madrid; no bien llegó, su primera diligencia fué informarse de Clotilde; muy pronto tuvo ocasión de saber lo que bastaba para acabar de lastimar su orgullo; la condesa era una de las mujeres más de moda de Madrid por su belleza, por su esplendidez y por su gracia, uniendo además á tantas ventajas una cosa muy rara, atendidos los rápidos y funestos progresos de la maledicencia: su reputación de virtud era intachable, concediéndosela lo mismo los hombres que las mujeres.

Poco tiempo después de estar Fernando en Madrid recibió una carta de uno de sus amigos que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Tu mujer se ha puesto extrañamente triste, y su salud se ha alterado de una manera notable; no puedes dudar que sabe cuánto has amado á Clotilde y que ésta se encuentra en Madrid; creo que siente unos terribles celos, exasperados aún por el humilde concepto que tiene de sí misma, y que en esta ocasión se aumenta su martirio, exagerando las ventajas indisputables de su rival.»

Esta carta causó una viva sensación á Fernan-

do; escribió á su esposa de la manera más tierna; pero poco después tuvo ocasión de ser presentado en casa de Clotilde por el marqués de la Oliva y se olvidó de todo lo demás.

Algunos días más tarde, y en tanto que él buscaba con anhelo todas las ocasiones de ver á la condesa, recibió otra carta de su amigo:

«Vuelve, Fernando—le decía en ella,—tu mujer está enferma; ha adelgazado considerablemente; no sé quién la escribe tu vida en esa; pero tú sabes que ella tiene ahí parientes; tú no amas ya á la condesa, y sólo para satisfacer tu orgullo anhelas que ella vuelva á amarte; mas Isabel será la víctima de ese juego fatal, pues no puede soportar la doble privación de tu vista y de tus cartas.»

Fernando tomó un billete en la diligencia para volver á su casa aquella misma noche y así lo escribió á su esposa; mas su amigo el marqués de la Oliva le dijo que aquella noche estaba Clotilde sola en su casa, y la diligencia partió sin Fernando.

Sin embargo, Isabel, que no había recibido aviso de su detención, fué á esperarle á pesar de su enfermedad, y al saber que Fernando se había quedado en Madrid volvió á su casa transida de fatiga y de dolor.

Quince días después Fernando recibió otra carta en la cual se le noticiaba la muerte de su

mujer; su amigo añadía en ella que al día siguiente saldría con dirección á Madrid con el objeto de llevarle á su hija, que había quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que había sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le había dado por compañera.

Sólo le había obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfacción de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos... ¡Estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! ¡Por ellas se renuncia muchas veces hasta la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa; en medio de sus punzadores remordimientos confundía en un odio exagerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo. Clotilde se consumía en la ardua lucha, y á poco más que hubiera durado Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuen-

ta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

XXVI

La niña sin padres.

Dos días después del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el *nido de palomas* presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Reunidas en la buhardilla del señor Martín y de la señora Antonia se hallaban las tres hermanas, su compañera Malvina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia, que hacía calceta con suma agilidad, sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Malvina hacía dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas—dijo la ramilletera, clavando de